

PROBIDAD

(LA)

Y LA RELIGION.

Noli esse incredulus, sed fidelis.

No seas incrédulo, sino fiel.

(JOANN. XX, 27.)

Sobre las ruinas del Evangelio de Jesucristo se va levantando la fábrica de un Evangelio de probidad mundana, á que reducen los hombres todas las leyes de la Razon y de la Religion; intentan convertir al pueblo cristiano en un pueblo filosófico; reducen la suma de todas las virtudes al bien público, á las obligaciones de la vida civil, á la paz de la sociedad; no conocen, ni quieren conocer otras leyes, ni otros principios, ni otra norma de costumbres y acciones; tienen por glorioso timbre despojarse, y degradarse del nombre de cristianos, preciándose de que los tengan por dignos del nombre y carácter de hombres de bien. De aquí procede aquel gloriarse, aquel gallardearse de tantos impíos, que se mofan de la Religion como de una cosa que de nada sirve al mundo, porque no entienden que la verdadera y sana probidad no tiene otros fundamentos más sólidos que la Religion: de aquí aquella flojedad y tibieza de tantos malos cristianos, tan descuidados en el cumplimiento de lo que la Religion les manda, porque están persuadidos de que las obligaciones de cristiano se encierran en las de la probidad. Creer que la probidad no necesita de los auxilios y apoyo de la Religion; creer que las obligaciones que la Religion impone, se limitan á las leyes de la probidad, son dos errores, á los cuales contrapongo dos proposiciones, en que dividiré la materia de este discurso. Para ser perfecto hombre de bien, segun el mundo, es indispensable la Religion: punto primero. Para ser verdaderamente cristiano, no basta ser hombre de bien segun el mundo: punto segundo. Implorémos la gracia por la intercesion de María. A. M.

1. Si, amados hermanos míos, no temais decir de todo hombre sin Religion, que no tiene verdadera probidad; que su probidad es una

probidad vana y sin solidez, probidad frágil y vacilante, probidad aparente y exterior por lo comun; que por más cordura, por más equidad, y por más desinterés que aparente en su conducta, jamás será otra cosa todo ese aparato que un bosquejo del verdadero hombre de bien. Porque ¿qué cosa, pensais, constituye al hombre de bien, entendido este término con todo rigor? Constitúyete una vehemente é íntima persuasion de las obligaciones que debe al mundo; una disposicion inalterable en cumplirlas; una rectitud de entendimiento y de razon, y una rectitud de corazon y de sentimientos. Y yo os digo resueltamente, que estos dos caracteres de la verdadera y perfecta probidad no se hallan sinó en la probidad que la religion manda, y que se conserva con sus auxilios. ¿Por qué así? Porque solo la religion puede engendrar en el entendimiento una probidad fundada en sólidos é incontrastables principios; y solo ella puede engendrar en el corazon una probidad, que se conserve á impulsos de unos motivos y atractivos eficaces y poderosos.

La razon nos dicta las ideas de orden, de justicia, de fidelidad, de bien público; pero cuando intenta levantar estas mismas ideas á la esfera de obligaciones, de preceptos, de leyes que obligan al hombre, si al mismo tiempo no nos pone delante ni al legislador que tiene derecho á nuestra sumision, ni los premios con que sea recompensada una virtud antepuesta á la felicidad, ni las penas con que sea castigada una felicidad adquirida con detrimento de la virtud, entónces la razon se subleva contra la razon misma, ayudando á derribar el edificio que ella intenta levantar; y muchas veces el que en tales circunstancias hace guerra á la razon, parece que va tan fundado como el que la defiende.

¿Qué es lo que hace la Religion? Levantando el velo que nos oculta los misterios de nuestro sér y de nuestra dependencia, nos manifiesta el origen de donde se derivan los vínculos y leyes de la sociedad, haciendo que entendamos y oigamos en el mismo lenguaje de la razon la voz de aquel Supremo Dios, que en caracteres eternos ha grabado su voluntad en lo más íntimo de nuestra alma. Con que no es ésta ya aquella razon que, segun el delirio de alguno, no es otra cosa que el hombre mismo; sinó una razon marcada con el sello de aquel Dios, cuyo intérprete es ella misma, revestida de autoridad tan suprema que reduce á su dominio sus deseos y apetitos. Con que no es ésta ya aquella sociedad de hombres, empezada por casualidad, fomentada por el instinto y propension, arraigada por el interés, conservada por la política; sinó una numerosísima familia, cuya cabeza y padre, cuyo señor y protector es Dios: de modo que aquí desaparece y

se hunde enteramente el hombre, y solo se registra un Dios autor y vengador de las leyes de la naturaleza. Este grande y sublime espectáculo representaba San Pablo con viveza á los antiguos fieles. Hermanos míos, les decia, sabed que las obligaciones del hombre no son otra cosa que las obligaciones del cristiano. Es verdad, que estas obligaciones del cristiano son duras y dificultosas, y que muchas veces requieren una virtud robusta, que rara vez inspira la gracia en un corazon afeminado con tanta multitud de vicios. La ciencia hinchada de los filósofos de Atenas, intentó vanamente hallar un cimiento firme é incontrastable de la felicidad y paz mundana; pero ello es que en el hombre no vemos sinó al hombre, ni observamos sinó que las pasiones se desmandan cada dia más contra la razon, que la razon cada dia se muestra más flaca contra las pasiones. ¿Queréis vosotros ver fundada la felicidad pública sobre cimientos sólidos é inalterables? Levantad los ojos á ese Dios, principio y origen de todas las cosas, contemplad como imprime en todas sus obras la estampa de su divinidad, como llena con su inmensidad la distancia y diferencia de todos los estados y condiciones, y como no se ve ni registra otro superior, tanto sobre los que obedecen, como sobre todos los que mandan en el mundo, sinó él solo.

¡Oh tú, pueblo, que te hallas reducido á la sumision y á la dependencia! no llegues á degradar la humanidad tanto, que hagas al hombre esclavo del hombre; advierte que Dios es el que reina en los reyes, el que sentencia en los jueces, el que manda en los superiores, el que gobierna en los padres: á él solo deben dirigirse todos los obsequios, y el hombre solo debe recibirlos para ofrecérselos. ¡Grandes del mundo, depositarios del poder y de la autoridad! entended que esa multitud de hombres que os reconocen por sus señores, os debe tambien experimentar padres; porque aquel Dios que recibe por vuestras manos los obsequios del pueblo, recibe por las del pueblo los dones de vuestro agradecimiento. Así que la mansedumbre y afabilidad deben tener su asiento en el trono, porque Dios oye los suspiros y venga las lágrimas del pueblo; la equidad en los tribunales, porque nada ménos se pesa en la balanza de la justicia que los derechos y los intereses del mismo Dios: la paz y la concordia deben reinar en el esposo y esposa, porque quien ha formado el vínculo de su union, es Dios: los padres deben experimentar el humilde agradecimiento, la veneracion rendida; y los hijos la vigilancia pródiga y el amor benéfico, porque quien habla por la voz de la sangre y de la naturaleza, es Dios: y todos los hombres deben ser verdaderos en sus palabras, porque andan en la presencia del Dios de la verdad; fieles en sus pro-

mesas, porque quien las admite, recibe y sale fiador de ellas, es Dios; compasivos y liberales, porque Dios ha depositado el remedio del pobre en el corazon y manos del rico.

De aquí resulta una elevacion de sentimientos que levanta á un alma generosa sobre las bajezas del interés, y que del bien que hace, no pretende otro premio que el gusto de hacerle en Dios y por Dios; un celo inflexible y vigoroso, que ni repara ni teme conciliarse el desagrado y la indignacion de los hombres, con tal que sea fructuosa; una fidelidad, que ni flaquea con la esperanza, ni se acobarda con el temor; un agradecimiento á los beneficios, que no se acaba con el valimiento y la fortuna del bienhechor; un amor á la verdad y á la probidad, que mira como una desgracia más ignominiosa la felicidad y el triunfo del que se engrandece por medios inicuos y viles, que la caída del que se ve derribado por los tiros de la pérfida envidia; y que entiende que nada importa cuanto se padece, cuando nada remuerde la conciencia.

Pero, en el sistema del que no reconoce otro superior, otro legislador, otro fin, ni otro premio que á sí mismo, no hallareis sinó vocablos vacios, máximas pomposas, virtudes llenas de orgullo y vanidad, sostenidas con la esperanza de la gloria vana contra los incentivos del amor sensual; virtudes que apénas se atreveria á dictar la razon á quien se sintiese sin el aguijon de las pasiones; vereis á lo sumo unas obligaciones dudosas, inciertas, llenas de oscuridad: en lugar que estas mismas obligaciones, consideradas segun los principios de la Religion, son estrechas y urgentes, porque tienen por fundamento la autoridad de todo un Dios. De este modo desvanece la Religion las dudas; confunde y destruye los pretextos; ilustra y fortalece la razon; infunde en el entendimiento una luz y convencimiento interior de sus obligaciones; comunica al hombre una probidad de entendimiento y de razon: y además de esto, le comunica una probidad de corazon y de afectos, que es el segundo carácter del hombre de bien, que solo puede ser obra de la Religion; carácter tan necesario, que sin él, no hay verdadera probidad.

Pondérese cuanto se quiera la perspicacia y poderío de la razon, siempre será verdad que solo ignoran su flaqueza los que no han hecho experiencia de sus fuerzas, y que solo la reputan por capaz de dar mucho los que nunca la han pedido nada. Ella enseña la virtud; pero no la persuade: reprueba las pasiones; mas no las enflaquece.

Esta es la causa porque los legisladores no se atrevieron á fiar la duracion de los imperios sobre un fundamento tan caduco; y así armaron sus leyes con la fuerza de los premios y castigos. Conocian más

íntimamente al hombre que esos filósofos que blasonan de haber hecho un estudio tan profundo en su conocimiento; sabían que en vano instruye la razón, si no propone alguna cosa que se deba esperar ó temer; y una virtud acendrada y libre de todo interés, es una especie de milagro que nunca puede obrar nuestra razón: y no hay, por consiguiente, otro medio para mantener ilesas las leyes y derechos de la sociedad contra los ímpetus de la concupiscencia que las combaten, sinó enlazar nuestro interés particular con el interés público.

Y es esto tan cierto, que aunque la doctrina de los apóstoles no tuviese sinó esta excelencia sola, sería preferible á la doctrina de los sábios de la antigüedad; porque éstos establecieron sus dogmas sobre el principio de la fuerza y de la razón; aquéllos fundaron la suya sobre el principio de la flaqueza y perversidad del corazón humano: éstos intimaron preceptos, excitaron ideas, comunicaron luces: aquéllos predicaron un Dios legislador, vengador, remunerador: de suerte, que los sábios solamente hablaban al entendimiento: los apóstoles cultivaban y obraban en el corazón, sembrando en el alma unas inclinaciones á la virtud, contrarias á los incentivos del vicio; despertando pasiones, para explicarme así, de orden y de justicia, que combatiesen contra las pasiones de desorden y de prevaricación; haciendo que el interés y el amor propio que perturban la sociedad, fuesen contrarestados por otro amor propio, y por otro interés superior y prepotente.

El cristiano, decía San Pablo, no tiene necesidad para ser bueno, justo, veraz y fiel, de los escasos auxilios que suministran á la virtud las esperanzas humanas. Obedeced á vuestros superiores, aunque sean soberbios, extravagantes é ingratos, pues Dios os remunerará los servicios que ellos no os premien: no alteren vuestra paciencia los más juntos sentimientos, pues aquel Dios, cuyo ejemplo seguís, os reconocerá por imágenes suyas, y en pago de las fervorosas oficiosidades de vuestra caridad, experimentaréis en vuestras almas los más dulces cariños de su amor; no dudeis de anteponer la probidad á la fortuna, y estad seguros que llegareis á una fortuna todavía más elevada, pues el cielo os concederá con ventaja lo que el mundo os haya negado; y porque el miedo influye con mayor fuerza en el corazón humano que la esperanza, la Religión manifiesta á los hombres, que las pasiones que perturban la tranquilidad pública, se convierten tarde ó temprano en su propio verdugo.

En circunstancias críticas, en coyunturas peligrosas, ¿quién se mantiene firme? ¿quién no cae? El varón recto, que se alimenta del espíritu de las verdades de la Religión; el que vive plenamente

persuadido de que todos los bienes temporales no resarcen la pérdida de los eternos. Este, éste no cae; pero ¿qué digo? este mismo hombre, sin embargo de su fe viva y firme religión, flaquea, y se rinde muchas veces: ¿qué hará pues el que no la conoce? ¿qué fortaleza podrá suministrar á su virtud la razón?

Esas máximas de una razón recta y sana, esas ideas de orden, de justicia; esa afición á la virtud y á la probidad, que solo llegan á entender y sentir con lo más delicado, con lo más perspicaz del entendimiento humano; esas impresiones tan suaves, tan gratas, tan delicadas y casi tan imperceptibles, que solo llegará á sentir quien esté dotado de un tacto intelectual finísimo; ¿causarán en una alma común tal conmoción, que baste á debilitar y amortiguar la vehemencia de las pasiones?

Sigamos el hilo de nuestras historias, y hallaremos que la probidad se ha perdido al paso que la fe; el hombre de bien al paso que el cristiano; que los tiempos que en nuestros fastos se notan como más sueltos y libres en punto de creer, fueron siempre los tiempos de mayor depravación de costumbres: y sin retroceder á los siglos pasados, si ahora se observa tan poca modestia en los jóvenes, tan poca vergüenza en las mujeres, tan poca equidad en los tribunales, tan poca fidelidad en el comercio, tan poca honra y desinterés en los nobles; si la virtud amedrentada y fugitiva apenas halla un asilo seguro en el santuario, ¿no es porque en el Cristianismo han quedado ya pocos cristianos? ¿Dónde encontrareis más vicios que en los que hacen más ostentación y pomposo alarde del nombre de sábios y filósofos? Considerad á esos hombres de discursos tan profundos, de literatura tan vasta, tan exquisita, tan amena; ¿no puede decirse de muchos de ellos, que para abatir su divina Majestad su soberbia, ha permitido que como los otros filósofos, de quienes habla San Pablo, caigan en las fragilidades más ignominiosas, miserables emulaciones, maledicencias, calumnias; sátiras, sin guardar ningún decoro; fraudes, imposturas, partidos, conjuraciones, amistades falsas, ódios crueles, sórdido y bajo interés, gustos singulares y antojadizos? toda su decantada razón se ha trasladado y sumido en su ingenio: no hay ni vestigios de ella en su corazón, ni en su conducta: pretenden ser más que cristianos, y quedan reducidos á menos que hombres. Insulten ya, pues, la Religión, desprecienla, vilipendienla; pero tengan entendido, que la dejan vengada con la soltura escandalosa de sus costumbres; y que el cristiano ménos digno de serlo, no puede desenfrenarse tanto, que llegue á ser tan idiota como esos sábios y filósofos libertinos.

Os he manifestado que solo el cristiano es hombre de bien: veamos ahora como para ser verdadero cristiano no basta ser hombre de bien segun el mundo.

2. Las virtudes que aconseja é intima el Evangelio son más elevadas en su perfeccion que las virtudes de la probidad. Sé muy bien, hermanos míos, que de la Religion le proviene al hombre todo el mérito y todas las calidades de la probidad humana; pero procedamos con cautela, y siguiendo el precepto del Apóstol, consideremos con atencion la excelencia de la gracia por cuyo medio somos llamados á Jesucristo; *videte enim vocationem vestram* (I. ad Cor. I. 26). Un buen padre, un buen amo, un buen amigo, un buen magistrado, un buen ciudadano, todo esto lo es un cristiano; pero si no pasa de aquí, todavía no posee las virtudes del Cristianismo; porque á estas prendas que pide el mundo, añade el Evangelio otras virtudes que ni el mundo pide ni conoce: virtudes en fin mucho más elevadas en su perfeccion, ora se considere el cristiano de parte de la razon, ora se considere de parte del corazon y de las costumbres. De parte de la razon, porque toda la sabiduría y circunspeccion del hombre de bien se reduce á no gobernar sus juicios por la regla de sus preocupaciones y pasiones; á no decidir sinó despues de un maduro exámen, de una averiguacion diligente; á no creer sinó lo que ve; pero la circunspeccion y sabiduría del cristiano le dicta y le enseña á reconocer una razon superior á la razon humana, á contentarse con los motivos de credibilidad, sin solicitar vér lo que cree: averiguaciones, estudio, luces, noticias, á esto se reduce el sábio del mundo: ingenuidad, sencillez, obediencia, sumision, humildad, ved lo que constituye al sábio del Evangelio: el sábio del mundo es un hombre sobre quien la razon ejerce su imperio: el sábio del Evangelio es un hombre en quien la fe domina á la razon. No tiene la ley de Dios carácter más expreso, ni más cierto para distinguir el Evangelio de todo lo que no es Evangelio, que la obediencia y sujecion del entendimiento. Las demás leyes tienen por fin sujetar la razon á la fe: de donde se sigue, que luego que un hombre sacude el yugo de la autoridad y de la sumision, deja ya de ser cristiano, y solo queda en él lo filósofo; de modo que la doctrina del Evangelio como más estrecha y más rigurosa quita al entendimiento la libertad que le dejaba la doctrina de la probidad: y ¿pensareis ahora que será más benigna y tratará con más blandura las inclinaciones, los afectos y deseos del corazon humano?

¡Ay, amados oyentes míos! esas virtudes de la probidad natural, no son, ni lo parecerán nunca, virtudes verdaderas comparadas con las

virtudes Evangélicas. El hombre de bien es un hombre cuya ambicion no se presta ni á las vergonzosas adulaciones, ni á las viles envidias, ni á las horribles calumnias, ni á la falsa política; pero el cristiano es un hombre que no aspira por sí á las honras y dignidades, ni las pretende y consigue sinó en cuanto se las facilita su nacimiento, en cuanto se las proporcionan sus talentos, se las ofrecen las coyunturas y circunstancias, y en cuanto le obliga á admitirlas la autoridad ajena: un hombre que tiene más temor á los peligros que corre en ellas la virtud, que amor á la pompa y lucimiento que las acompaña. El hombre de bien desprecia el fausto, la altanería, los desdenes, el egoismo y la dureza de la grandeza y de la opulencia; pero el cristiano no lo es verdadero sinó en cuanto es humilde entre las dignidades más altas, y pobre y desprendido en medio de las riquezas. El hombre de bien sabe refrenar la pasion del ódio, reprimir sus afectos; pero el cristiano no conoce enemigos, y con la llave de oro de la caridad tiene cerradas las puertas de su corazon para no dar entrada en él al ódio, amando todo lo que ama Jesucristo. ¿Qué os diré, finalmente, y para qué llevaré adelante este paralelo? Humildad, penitencia; abnegacion de sí mismo, amor al silencio y á la oracion, leccion espiritual, frecuencia de sacramentos, y otras muchas virtudes que no conoce el mundo; si vosotros no las deseais, si no las poseeis todas ellas, ¿qué sois ni qué pensais ser delante de Dios? Entended que no sois más que sábios de la tierra, y justos segun el mundo; pero justos del cielo, ni destinados para el cielo, no lo sois, ni lo seréis jamás: es verdad que llevais el nombre de cristianos, y profesais su ley; pero careceis de su espíritu: y como no conoceis á Jesucristo, tampoco él os querrá conocer á vosotros; y pues vuestra virtud es conforme la pide el mundo, que él os la remunere; porque el Evangelio pide virtudes más sublimes en su perfeccion, y virtudes más sólidas y más interiores en su principio.

No hay cosa que tenga ménos conformidad con las virtudes verdaderamente cristianas, que las falsas virtudes del mundo: esas virtudes, digo, vanas y superficiales, de ostentacion y de perspectiva; esas virtudes afectadas y dictadas por el respeto humano; esas virtudes propias de unas acciones y de una conducta limitada á lo exterior, y que constituyen por lo comun todo el mérito del hombre de bien: virtudes con que el mundo se contenta, porque él no vé el corazon, y con que debe contentarse, porque á él le basta nuestro modo de proceder por no necesitar de nuestros afectos para su felicidad. Ello es innegable, segun el Evangelio, que la virtud debe pasar desde lo interior á lo exterior: y así, si una alma de las que con tanta frecuencia

se hallan, dotada por otra parte de suficiente luz para conocer el pecado, de suficiente temor para detestarle y consternarse, de suficiente rectitud para reprobable, de suficiente sinceridad para reprehenderle en sí; si esta alma careciese, por otra parte, de la debida vigilancia para apartarse de él, y de la fortaleza conveniente para resistirse á sus halagos; sus temores, sus deseos, sus remordimientos, no solo no la justificarian, sinó que agravarian su malicia por la resistencia á tantas luces y á tantas gracias. Con que se ve aquí la necesidad de que la virtud y piedad cristiana se trasluzca y derrame exteriormente, que salga del corazon, que habite en el corazon: principio fundamental de nuestra Religion, principio sentado é inculcado tan repetidamente en las sagradas Escrituras, que es imposible que nadie le ignore. Lo que se ignora ciertamente, lo que muchas veces no quieren saber los hombres, es: que no hay cosa más rara que esta virtud interior; y que en la muchedumbre de tantos hombres que parecen cristianos en las costumbres, apénas se hallan algunos que sean cristianos.

¿Es con efecto virtud de corazon esa virtud, que ni muda, ni reforma, ni destruye nada en el corazon; que deja al génio todos sus ímpetus, á la vanidad todos sus desahogos, á la ociosidad toda su indolencia, á la soberbia todas sus altiveces, al amor propio todos sus resentimientos y delicadezas; virtud, en fin, que deja al hombre en continua ociosidad para con Dios? Una alma verdaderamente herida del amor divino siempre anda desasosegada y con temor de desagradarle; siempre solícita y ansiosa, léjos de excusar las ocasiones de obrar y de sufrir por Jesucristo, solo se queja de que no se le ofrezcan más: dócil siempre y fiel á los menores influjos de la gracia, las faltas más leves la consternan y provocan á lágrimas. Pregunto ahora; ¿es virtud de corazon esa virtud que se acobarda con tanta facilidad, que se fastidia tan apresuradamente del servicio de Dios?

¿Llamaremos virtud de corazon esa virtud, que tanto estudio pone en distinguir aquello que es de consejo de lo que es de precepto, aquello que solo llega á entibiar el amor de Dios, y no á provocar indignacion? de modo que el hombre no tanto se propone amar á Dios, como no condenarse. Pues esa es ya virtud, me direis. Es verdad: pero ¿qué virtud? ¿quereis que os la explique? Una virtud adquirida á fuerza de reflexion, de arte, de estudio: una virtud de razon, que tiene osadía para guardar un como medio entre Dios y el mundo, entre Jesucristo y las pasiones, entre la naturaleza y la gracia: que coarta los derechos de la Religion, que le pone y señala términos y limita su jurisdiccion: una virtud en fuerza de la cual sa-

crificará el hombre los afectos groseros, y aún las inclinaciones más delicadas y propensiones más lisonjeras; perdonará y exceptuará del sacrificio las más idolatradas aficiones: y con tal que conserve lo que se llama el tronco y lo sustancial de la Religion, con tal que no incurra en ciertos pecados cuya enormidad no alcanza á disimular ni á cohonestar ninguna sutileza, nada teme ni cree que hay nada que temer. Una virtud, en fin, hija del amor propio, que lleva toda el agua á su molino, por explicarme así, que en todo se busca á sí misma, que nada le duele la causa de Dios cuando no está conexas con su conveniencia propia. Virtud, si quereis, y no me opongo, que tendrá su asiento en el corazon; pero yo os digo que solo está allí como una esclava, que sufre la servidumbre de todas las inclinaciones y apetitos del corazon; de modo que el corazon gobierne y dé leyes á la virtud, y no la virtud al corazon: de donde se seguirá, que siendo el hombre riguroso y observante en ciertos artículos, será libre y relajado en otros puntos acaso más sustanciales: que culpará en sí lo que podria ser digno de perdon, y se disimulará lo que no debiera tener por lícito: seguiráse tambien de aquí, que los vicios que más provocan al cielo, y más escandalizan la tierra, serán calificados de virtudes y aún tenidos por virtudes verdaderas luego que el corazon los apruebe y apadrine. Así, una alma indómita y vanagloriosa vivirá muy contenta y satisfecha con sus dictámenes errados y pertinaces; una alma bulliciosa é iracunda, con sus prontitudes y arrebatos; y una alma maliciosa, con sus sospechas, con sus chismes, con sus maledicencias; y de aquí se seguirá finalmente, que aunque un hombre tuviese todas las virtudes á juicio del mundo, ¿qué le aprovechará delante de Dios, para quien no hay verdadera virtud sinó la que domina, sujeta y prevalece en el corazon? Luego, la virtud Evangélica es una virtud más verdadera y más interior que la probidad mundana: y es además de esto una virtud más universal, más llena, más entera, y más extensiva.

Y hemos llegado á un punto sobre que debe el hombre explorar con suma diligencia los caminos de su corazon, y examinar su conducta; porque ya se entrega á Dios, ya se aparta de él; ya es cristiano, ya no lo acaba de ser; ya ejemplar y modesto, pero vano y soberbio: tal vez cumple con muchas obligaciones, pero no cumple sin embargo con todas, y como omite algunas, nada vale muchas veces cuanto ejecuta. En el cristiano deben hallarse todas las virtudes: celo templado con afabilidad; humildad animada por el esfuerzo; intrepidez, cuyos bríos modere y abata la humildad; temor alentado por el amor: fervor avivado y enardecido por el temor; oracion á

la que suceda el trabajo; trabajo interrumpido por la oracion; modestia que no solicite la aprobacion de los hombres; generosidad que desprecie sus aplausos y juicios; caridad que se entregue toda á las necesidades del prójimo y á conservar la paz en el mundo, fortaleza para resistirse á los halagos de los deleites.

¿Pues qué? me direis; ¿es preciso que todo cristiano haya de ser perfecto? No por cierto: pero está obligado á aspirar á la perfeccion de su estado, segun su vocacion, y segun la abundancia de gracias que ha recibido. Y pregunto: ¿qué es aspirar el hombre á la perfeccion, sinó andar solícito por evitar las ocasiones de pecar, por hacer guerra á los apetitos, por desarraigar las malas inclinaciones que malogran en nosotros los influjos de la gracia? La verdadera virtud no sufre defectos, aunque es verdad que los tiene. Tiene defectos que la humillan, que la avergüenzan, que la contristan, que la afligen: defectos, en fin, que ella procura continuamente moderar, corregir, destruir: y así, el hombre todavía no es perfecto en sus costumbres, y ya lo es en los deseos; practica todas las virtudes; pero podemos decir que ya las posee por el estudio continuado y especial esmero que pone para adquirirlas: de modo que á este celo y hambre de la perfeccion no resta más que añadir la pureza y desinterés en los fines y motivos.

Y no entiendo aquí un desinterés semejante al de la virtud y probidad mundana: desinterés falso é hipócrita, que solo hace ostentacion de sí para que le juzguen por más digno y acreedor de todas las cosas, afectando con una engañosa generosidad que no pretende nada: desinterés dictado por la vanidad y soberbia, que si desprecia la fortuna, es para solicitar la vanagloria; desinterés de amor propio más ingenioso y fino, que no solicita el concepto y aplausos de los hombres, porque se saborea con el aplauso interior y fruicion propia, con que por su mano se cobra y recibe el premio de sus virtudes. Entiendo pues un desinterés verdadero y sincero, un desinterés general y universal, un desinterés tan libre de amor propio como de ambicion.

Cuando obra el hombre por el mundo, ó para sí mismo, no busca á Dios verdaderamente; y así no le halla: ¿cuántas virtudes no naufragan todos los dias en este escollo? Introdúcese imperceptiblemente en las obras más santas el activo veneno de la vanagloria y del amor propio, y lo que el alma habia empezado por Dios, lo continúa y acaba para sí mismo! La verdadera virtud consiste en olvidar á los hombres, y en desear ser olvidado de ellos. Si deseamos que el mundo piense en nosotros, es indicio de que nosotros pensamos mucho

en el mundo; y quien desea ser estimado de él, manifiesta que todavía le estima y le ama.

¡Dichoso, oh Dios mio, el hombre humilde, que camina por sendas apartadas del bullicio del mundo, donde solo os ve á Vos, ni es visto de otro que de Vos! No hay enemigo más cruel que un mundo adulador y halagüeño, que con sus caricias mata, y con su ódio y ultrajes vivifica. El mayor favor, Señor, que podeis hacer á un hombre generalmente aplaudido de virtuoso, es permitir que sea humillado, para que, desengañado del mundo, solo aspire á ser vuestro en este mundo, para serlo eternamente en el cielo! Así sea.

REVELACION.

(LA)

Pater... verba quæ dedisti mihi, dedi eis; et ipsi acceperunt et crediderunt quia tu misisti.

Padre, las palabras que me habeis dado, yo las he transmitido; ellos las han recibido y han creído que vos me habeis enviado.

(JOANN. XVII. 8.)

La religion es el vínculo necesario, indispensable á la vida de toda sociedad, ora se considere á ésta en su infancia, ora se la estudie en el transcurso secular de su existencia. Todos admiten y convienen en que no ha habido, no hay, ni habrá jamás pueblo, tribu, ni familia, sin altar y sin Dios.

Lo esencial para la constitucion de un pueblo, una tribu, una familia, es el conjunto de los vínculos que la unen estrechamente á los individuos que la componen en el orden del espíritu y en el de la materia: los vínculos morales y los vínculos físicos son indispensables á la vida, á la grandeza y á la prosperidad de las sociedades.

De todos los vínculos morales, el que ocupa el primer lugar preferente, el que domina, crea y vivifica á los otros, es incontestablemente el vínculo sagrado de la Religion: su nombre venerable brilla al fren-